



**Discurso del Presidente Federal, Joachim Gauck,
con ocasión de la recepción de Año Nuevo
ofrecida al Cuerpo Diplomático
el 15 de enero de 2015
en el Palacio de Bellevue**

En la noche del 9 de noviembre de 2014, hace ya más de dos meses, subieron al cielo en esta ciudad 8.000 globos luminosos. Anteriormente, dispuestos en fila uno junto a otro, habían marcado el trazado del Muro de Berlín. Aquella noche, transcurridos 25 años desde su apertura, gentes llegadas de toda Alemania y de muchos países del mundo caminaron llenas de asombro por esa frontera de luz, hasta el antiguo paso fronterizo de la Bornholmer Straße y el viejo Checkpoint Charlie, hasta el Engelbecken de Kreuzberg y la Puerta de Brandeburgo. El momento en que se soltaron los globos cautivos y surcaron el cielo nocturno fue un instante especial en un año especial de conmemoración. Algunos globos llegaron a Polonia, uno hasta Letonia. Un hermoso símbolo de la Europa unida en la cual nos es dado vivir hoy.

Las distintas efemérides del año 2014, cargadas de emoción, nos trasladaron a las más oscuras y a algunas de las más venturosas horas del siglo pasado. Rememoramos el inicio de dos horribles guerras, conmemoramos el arranque de la Revolución Pacífica del año 1989, aquel triunfo de la libertad y del coraje humano.

La conmemoración también va a desempeñar de nuevo un importante papel en este año que se abre ahora ante nosotros. El 3 de octubre celebraremos la culminación de la Unidad Alemana, de la que se habrá cumplido ya un cuarto de siglo. En todos los años transcurridos desde entonces no ha perdido un ápice de su relevancia una conclusión esencial: Los alemanes solo pudimos recuperar la unidad en libertad con la ayuda de nuestros vecinos y nuestros socios, es decir, no sin ellos ni contra ellos. 25 años de unidad alemana significa asimismo 25 años del Tratado Dos más Cuatro, negociado

entre los antiguos adversarios de la Guerra Fría y firmado por ellos. ¡Cuán gran éxito de la diplomacia internacional! Tampoco este momento estelar de la diplomacia queremos olvidarlo.

Pero el nuevo año ha comenzado con sucesos que nos consternan muy hondamente a todos. En los primeros días de enero la organización terrorista Boko Haram asesinó a cientos de personas en Nigeria. Y la semana pasada la ciudadanía francesa –y con ella todas las personas sensibles, toda la ciudadanía europea y de otros muchos lugares– vivió un horrible atentado contra la libertad de prensa y expresión, contra la democracia, contra el derecho a la vida. Diecisiete personas murieron a manos de terroristas islamistas. Las marchas silenciosas celebradas el pasado domingo para rendir homenaje a las víctimas congregaron a varios millones de franceses y amigos del mundo entero. En las calles y plazas de París ondearon las banderas de muchas naciones y la ciudad fue por un día, en palabras del Presidente francés François Hollande, “la capital del mundo”. Todas esas personas que se manifestaron en Francia, aquí en Alemania y en tantos otros lugares lanzaron una señal, una señal común: Estamos unidos contra el odio y la intolerancia. Defendemos unidos la libertad.

Así lo atestiguaron de forma impresionante también los miles de personas que, a invitación de las organizaciones musulmanas, se congregaron ante la Embajada francesa en Berlín, en la misma Puerta de Brandeburgo. Codo con codo con las altas instancias del Estado y la sociedad, musulmanes, cristianos y judíos expresaron su repulsa contra la exclusión y el terror y su adhesión a los valores universales que nos permiten vivir en paz y libertad, con respeto y dignidad.

Hoy lo vemos pues muy claramente: Hace un cuarto de siglo en modo alguno alcanzamos lo que se dio en llamar el “fin de la historia”, ni en Alemania ni en ningún otro lugar de Europa o del mundo. Bien es verdad que había acabado la Guerra Fría, y con ella la confrontación entre bloques militares hiperarmados. Pero simultáneamente el mundo se hizo más complejo, las amenazas y riesgos se volvieron más difusos.

La historia de éxito que encarna la Unión Europea se patentiza singularmente en su vertiente de proyecto de paz. Pero la convivencia pacífica en provecho mutuo no preside la realidad en todos los rincones de Europa. Desde el año pasado los europeos mismos nos hemos convertido en testigos de enfrentamientos y ataques militares.

A comienzos del año 2015 nos enfrentamos a crisis internacionales en un grado mucho mayor de lo que podíamos imaginar un año atrás. Nos vemos confrontados con preguntas para las cuales todavía no tenemos respuestas suficientes.

El año pasado los conflictos de Siria e Irak siguieron agudizándose aún más. Estos conflictos están causando un sufrimiento

inimaginable a la población, y el sufrimiento continúa, cada día. Ocurre así que personas desesperadas, temiendo por su vida y la de sus seres queridos, emprenden la huida, se prestan a todo con tal de poder escapar y llegar a Europa. Ante semejante situación lo que se impone, entre nosotros, es la compasión y la solidaridad. Aquí lo que se ventila es el núcleo de nuestros valores.

No podemos saber lo que nos aguarda realmente en este año que comienza. Pero ya ahora vemos avecinarse algunos hitos de la política internacional que están muy relacionados con ustedes, señoras y señores, todos hoy aquí mis huéspedes en esta recepción de Año Nuevo. Me refiero a los diplomáticos y sus tareas. En efecto, la diplomacia requiere ingentes esfuerzos. En efecto, los procesos de negociación multilaterales son laboriosos. ¡Pero qué importante es que existan! Podemos estar contentos de poder apoyarnos en los probados mecanismos de la diplomacia a la hora de abordar los grandes temas del futuro de la humanidad.

Y sí, este año podemos esperar resultados concretos en áreas importantes. Nuestra esperanza se funda en quienes dominan el sublime arte de la diplomacia, es decir, en ustedes y sus colegas.

El año 2015 supondrá, de todos modos, un punto de inflexión. Por cuanto caducan los Objetivos de Desarrollo del Milenio y llega la hora de hacer balance. Naturalmente constatamos éxitos, pero también algunas cosas que podríamos hacer mejor. Queremos aprender de ello. Con la Agenda de Desarrollo Post 2015 la comunidad internacional ha iniciado un camino hacia nuevos objetivos globales que fijan la atención en algo absolutamente esencial: el desarrollo sostenible redundando en interés de todos los países. Deseo fervientemente que la cumbre del mes de septiembre arroje resultados positivos.

Mi deseo es extensivo a las negociaciones en curso sobre la protección del clima. También el cambio climático –y con ello la protección del clima– es algo que ciertamente nos afecta a todos: No distingue entre países desarrollados, emergentes y en vías de desarrollo, y no se detiene, ni mucho menos, ante fronteras nacionales. Si se quiere que la Cumbre mundial de las Naciones Unidas sobre cambio climático que se celebrará en París a finales de año dé lugar a un acuerdo que efectivamente fije nuevas pautas, es necesario que todas las partes intensifiquen aún más su voluntad de obligarse y alcanzar compromisos.

Precisamente en la política climática Alemania puede realizar un aporte importante, y ello tanto a nivel político como tecnológico y económico. Que Alemania asume y está dispuesta a asumir responsabilidades compartidas a escala global se pondrá palmariamente de manifiesto en el transcurso del año que comienza. Por cuanto la República Federal ostenta desde junio de 2014 la

presidencia del G 7. En su seno las cuestiones relacionadas con el desarrollo y el cambio climático son temas centrales.

Además, en 2015 –coincidiendo con el septuagésimo aniversario de las Naciones Unidas– Alemania asumirá por primera vez la presidencia del Consejo de Derechos Humanos. El compromiso con los derechos humanos inalienables representa una de nuestras principales y más elevadas metas. Así pues, es bueno que podamos inspirarnos permanentemente en el ejemplo de personas dispuestas a dar lo mejor de sí mismas por esos derechos. Con su optimismo y su empeño Malala, la valiente joven paquistaní, es uno de esos ejemplos alentadores para todos nosotros. Permítanme citar un pasaje de la carta dirigida a los líderes mundiales en la que Malala, la Premio Nobel de la Paz, expresa sus deseos para el año 2015:

“Puede ser el año en que todos nos comprometamos a ser testigos del último niño o niña sin escolarizar, del último niño o niña que caiga en la esclavitud, del último niño o niña que deba huir de su tierra natal por la amenaza del cambio climático.”

Excelencias, señoras y señores, presumiblemente estas metas no las vamos a alcanzar en el transcurso de este mismo año. Pero una cosa les pido: Trabajemos juntos y animados de ese espíritu para acercarnos a ellas y convertir el mundo en un lugar mejor.

¡Les deseo a ustedes y a sus familias un Año 2015 lleno de ventura, paz y dicha!